

CARLOS CLAVERÍA, *Temas de Unamuno*. (Biblioteca Románica Hispánica, Estudios y Ensayos, 10). Madrid, Editorial Gredos, 1953. 156 págs.

Suelen tener los grandes pensadores ciertos temas sobre los cuales remachan insistentemente, aun repitiéndose hasta la saciedad. Y si el estudio de los temas preferidos por cada escritor es útil siempre, lo es particularmente en el caso de uno que, como don Miguel de Unamuno, atrajo hacia sus grandes y repetidos temas todo lo que leyó y vivió, hasta el punto de que puede asegurarse que el estudio de ellos señala caminos seguros para encontrar sin tropiezos la formación y evolución de su pensamiento y de su obra.

Así lo comprendió el notable investigador Carlos Clavería al dedicar todo un libro — modelo de investigación — al análisis completo de los grandes temas unamunianos.

Cinco capítulos, cada uno de los cuales corresponde a un tema, componen el interesante libro:

*Unamuno y Carlyle*. — En este primer capítulo, relata Clavería un hecho al cual no han concedido los biógrafos de don Miguel de Unamuno la importancia que merece: el hecho de que, en los últimos años del siglo pasado y primeros del presente, o sea en el momento preciso en que — tras una etapa de dudas y tanteos — comenzaba a formarse su personalidad definitiva, tradujo don Miguel, para *La España moderna* y su mecenas don José Lázaro Galdeano, la famosa obra *History of the French Revolution*, de Thomas Carlyle.

Clavería examina con el mayor detenimiento los libros escritos por Unamuno, desde que comenzó tal traducción hasta su muerte, y los compara detenidamente con las obras capitales de Carlyle. El resultado de tal comparación es el hallazgo, en las obras de Unamuno y con relación a las de Carlyle, de semejanzas tan marcadas de ideas y de ideales, de coincidencias tan claras, de opiniones tan idénticas, de apreciaciones tan conformes y aun de técnicas estilísticas tan parecidas, que se ve precisado a confesar sin reticencias que, entre Carlyle y Unamuno, “hubo un contacto real, intenso e íntimo del que el propio Unamuno dejó testimonios fehacientes en sus ensayos y en sus cartas”. Y más claramente aún: “Todos sabemos que gran parte de la obra de Unamuno es comentario a la de los demás, y las recientes contribuciones a la bibliografía unamunesca vienen a destacar que la mejor inspiración de Unamuno procede siempre de libros” (págs. 56 y 57).

*Unamuno y la ‘enfermedad de Flaubert’*. — El segundo de los capítulos del volumen en cuestión, se halla destinado a darnos más que el estudio crítico de un literato, el examen paciente practicado por un clínico. Clavería, en efecto, somete en tal capítulo la obra toda de Una-

muno a un análisis tan detenido como profundo; practica en ella minuciosas comparaciones; suscita para cada afirmación los reflejos que la comprueban o el dato de laboratorio que la fija y, llenados así los requisitos exigidos por los técnicos más severos, diagnostica que el paciente don Miguel de Unamuno padece, en forma grave y crónica, la terrible enfermedad de Flaubert.

Claro está que tal 'enfermedad de Flaubert' no se relaciona con el 'mal de Flaubert', o sea con los ataques de epilepsia que padeció el famoso novelista, o con las crisis histéricas que solía producirle su temperamento emotivo en extremo; se trata de la aversión o alergia que el autor de la *Tentación de San Antonio* tuvo siempre a la tontería, a la suciedad y a la estupidez humana. Sólo que no se contenta Clavería con formular el diagnóstico sino que, apoyado en las palabras mismas del enfermo, señala el curso de evolución de la dolencia: "Se entenece Unamuno pensando en Flaubert y en la *bêtise du soleil* de que habló el San Antonio de las tentaciones flaubertianas: '¡Pobre Flaubert! ¡Pobre Sol!'. Se ablanda, se compadece; pero la realidad cotidiana de los mentecatos Homais, Bouvard y Pécuchet es demasiado fuerte. Hubiera querido Unamuno cambiarse para no sufrir a los que creen a pie juntillas en la trivialidad científica, para no sufrir la gravedad imposible de la cordura momificada, la chabacanería y lugares comunes de la conversación diaria, la estupidez de las ideologías y encasillados políticos, la falta de objeto de la actividad y de la ambición humana, la superficialidad atropellada sin asomo de angustia ni intimidación, toda la vaciedad y el automatismo que lleva implícito el comercio entre hombres. Si 'la enfermedad de Flaubert' arrastró piedad y conmiseración por la Humanidad y hasta por él mismo, era porque, en la última etapa de su vida, quizá la agonía unamunesca caminaba hacia la desesperación más absoluta. Nos hemos sorprendido ante la aspiración, inimaginable en él, Miguel de Unamuno, de querer ser, siquiera por una vez, lo que no se es: ansias de verse libre del dolor del entendimiento, limpio, al fin, de la 'enfermedad de Flaubert'" (págs. 90 y 91).

*Sobre el tema de Caín en la obra de Unamuno.* — Si Carlyle y Flaubert se hacen sangre de la sangre y hueso de los huesos de Unamuno, hay otro personaje que ejerce también enorme influencia sobre el polígrafo vasco: ese personaje es Caín.

Desde que, en sus mocedades, leyó don Miguel cuanto el *Génesis* refiere en relación con quien fue el asesino de su hermano, tronco fértil de la gran familia de los cainitas y fundador de la ciudad de Enoc, la figura de Caín (a quien considera unas veces como el primer obrero fabril, en ocasiones como el revolucionario audaz, a menudo como el luchador inconforme, con frecuencia como el guerrero conquistador y no raramente como el iniciador en la tierra de la lucha de clases) llena muchas páginas de las obras completas de Unamuno.

Comienza, en efecto, a perfilarse en *Paisajes*, una de las obras juveniles del maestro; se hace más nítida en los ensayos titulados *Ciudad y campo* y *La ciudad de Enoc*; alienta en muchas de las páginas inmarcesibles de los *Recuerdos de niñez y mocedad* y de la original novela *Paz en la guerra*; aparece en franca plenitud en varios capítulos del monumental tratado que se titula *Del sentimiento trágico de la vida*; inspira el LXXV de los sonetos compilados bajo el nombre de *Rosario de sonetos líricos*; adquiere nuevos contornos en *Soledad*, original ensayo en que se preludian, en relación con el fratricida, algunas ideas que alcanzarán en la novela *Abel* su plena madurez; reaparece en el prólogo de *La tía Tula*, otra de las novelas que escribiera Unamuno por aquella época, y se muestra, finalmente, en toda su trágica grandeza en el inquietante análisis *La envidia hispánica*, en el tremendo misterio *El otro* y en varios sonetos de la colección *Fuerteventura a París*.

*Notas italianas en la "Estética" de Unamuno.* — Así tituló Clavería un bosquejo de ensayo (y decimos bosquejo de ensayo porque no tiene la madurez de los anteriores) sobre la influencia que en las teorías estéticas de don Miguel de Unamuno ejerció la obra de Benedetto Croce titulada *Estetica come scienza dell'espressione e linguistica generale*, obra para cuya traducción castellana, hecha por José Sánchez Rojas, escribió Unamuno un prólogo admirable al cual pertenecen estas líneas: "Por mi parte, debo a B. Croce no pocas enseñanzas, corroboración de puntos de vista, esclarecimiento de ideas que bullían en mí confusas, expresión neta de oscuras impresiones que en mí germinaban, solución de dudas, soldamiento de cabos sueltos y de incoherentes fragmentos de pensar; pero le debo también que me haya suscitado nuevas dudas, que me haya hecho formularme nuevas preguntas...". No habrá que olvidar en este prólogo la rebelión de Unamuno a la concepción de la religión de Croce; su aceptación, como filólogo, de la teoría lingüística del filósofo italiano, etc. La actitud de Unamuno no deja, por un momento, de ser crítica, sin embargo, incluso en puntos aceptados: "Pero si algún lector se resiste a la identificación entre lingüística y estética, todo lector artista aplaudirá la crítica severa que B. Croce hace de las reglas de la retórica, de la teoría de los géneros y de todas esas categorías de lo sublime, lo cómico, etc. Y, sin embargo, desde nuestro punto de vista naturalístico o sentimental, tendríamos que hacer a ello reservas...".

Clavería realiza en su trabajo la difícil y delicada tarea de confrontar las citadas confesiones de Unamuno con la realidad de los hechos. Y don Miguel aparece, efectivamente, en páginas que Clavería copia y comenta, como adalid de las ideas estéticas de Croce, y esto en los momentos en que tales ideas eran consideradas como verdaderos adesiosos.

*Don Miguel y la luna.* — Parece un imposible que don Miguel de Unamuno — tan seco, tan enjuto, tan clásico, tan regañón o, en cinco palabras, tan don Miguel de Unamuno — hubiera sido uno de los auto-

res que con más abundancia y colorido haya tomado a la luna como tema de ensayos en prosa y de composiciones en verso. Pero Carlos Clavería, en el último de los estudios que forman su libro *Temas de Unamuno*, nos convence — con citas comprobadas — de que ello es así.

Aparece de tales citas que desde 1885, cuando Unamuno comenzaba su carrera literaria y firmaba sus producciones literarias con el seudónimo de *Yo mismo*, consagró a la pálida novia de los poetas románticos muchas de sus producciones de entonces. Más tarde, el tema de la luna inspira las páginas de la muy bella descripción de un viaje a Guernica — la ciudad santa de los vascos — intitulada *De mi país*. Las simpatías selenitas de don Miguel se hacen más claras en el ensayo *De los naturales y los espirituales* y llegan a ocupar todo el capítulo XI de su famosa novela *La tía Tula*. Sigue purificándose la lunofilia unamuniana en muchos folios del famoso *Romancero del destierro*, en varios de los sonetos de la colección *Rosario de sonetos líricos*, en el poema titulado *La luna y la rosa*, en muchas de las *Rimas de dentro*, y, finalmente, adquiere su plenitud en *El Cristo de Velásquez*, poema cuya hondura no ha sido todavía completamente medida.

Hace notar Clavería que en tal poema el Hijo de Dios se identifica con la luna, y los acentos de eternidad y de salvación se entremezclan y combinan de manera originalísima. La vida, el sueño que soñamos, se sueña a la luz de la luna:

Mientras la tierra sueña solitaria,  
vela la blanca luna: vela el Hombre  
desde su Cruz, mientras los hombres sueñan  
(pág. 154).

La luna es, como Jesucristo, el reflejo de la luz eterna, única esperanza en esta baja tierra:

Blanca luna  
como el cuerpo del Hombre en Cruz, espejo  
del sol de vida, del que nunca muere.  
Los rayos, Maestro, de tu suave lumbre  
nos guían en la noche de este mundo,  
ungiéndonos con la esperanza recia  
de un día eterno...

(pág. 154).

Y cierra su libro, el investigador Carlos Clavería con estas palabras textuales: "No nos cabe ya ninguna duda: don Miguel de Unamuno es un ejemplo de hombre que filosofó, vivió y poetizó a la luna. Mirando a la luna, bajo ella, iluminado su espíritu por su pálido esplendor de esperanza, se fue fraguando mucho de su pensamiento y de su obra".

NICOLÁS BAYONA POSADA.